

informaciones útiles mediante diálogos, discusiones, representaciones, noticias, pláticas, e informes meteorológicos.

Las radioemisoras y las teleemisoras también difunden programas educativos para las escuelas (de veinte a treinta minutos, 4 veces por semana) y existen 27 000 aparatos de radio en otras tantas escuelas. Existen, además, en un nivel más alto, contiendas interuniversitarias en hindí, en inglés y en otras lenguas.

La India no descuida tampoco a sus nacionales que viven en el exterior y es así como en las transmisiones externas se emplean al gujarati, el hindí, el koukani y el tamil.

Dos veces por semana, en transmisiones que duran de 40 a 70 minutos, las estaciones de televisión transmiten para los teleclubes programas sobre materias informativas y educativas, y la UNESCO trata de asegurar la efectividad de esas transmisiones entre los grupos organizados. Por otra parte, hay doscientos y tantos televisores en otras tantas escuelas, en donde se reciben programas sobre la química, la física, los asuntos diarios, el inglés, etcétera.

En materia de prensa, la mayoría de las publicaciones son en hindí; les siguen las que están en inglés, pero también son numerosas las que aparecen en urdú, bengalí, gujarati, tamil, marathi, telugú, malayalam, kannada, punjabi, oriya, assamés y sánscrito (18). En los últimos años, ha habido incrementos; pero éstos han afectado, sobre todo, a las publicaciones en sánscrito, punjabi e inglés. Las que aparecen en inglés tienen la máxima circulación y les siguen las redactadas en hindí.

En cuanto a películas, predominan las habladas en hindí, y les siguen las habladas en tamil y en telugú y bengalí, siendo muy pocas las que se producen en inglés (por razones obvias). En 1964, predominaban manifiestamente las de tema social (178 de 304)

que eran seguidas (muy de lejos) por las de crímenes o las de asuntos legendarios.

En la India existe un Directorado de Publicidad, encargado de promover y popularizar las actividades estatales entre el pueblo; en cuanto tal, es el responsable de la planeación, diseño y producción de material publicitario para los distintos ministerios y departamentos. Como una manifestación de una publicidad que tiene un interés social mucho mayor que el ordinario, cabe señalar la que se realiza en el campo: esta publicidad busca (a través de reuniones públicas, discusiones de grupo, seminarios, simposia, debates y exhibiciones de documentales) la participación de las rúricolas en las técnicas agrarias más avanzadas, en el conocimiento del país, en el desarrollo.

La India es, hoy como ayer, un país asombroso. Pueden buscar en él, los afectos al misticismo y la religiosidad, inspiración considerable. Pueden, los retrógrados, ver cómo en él, muchas veces, se han utilizado —de modo refinadísimo— las diferencias socioculturales, con fines de explotación; pero pueden también, muchos de los que en nuestros países se consideran más próximos de la modernidad, cómo la India sabe canalizar hacia fines nobles aquellas reservas energéticas suyas que han sido enriquecidas por una vida milenaria.

U. V.

Jaim Rabin: "Renacimiento del Hebreo." *Israel de Hoy*, núm. 5. Publicado por "Crónicas". P. O. B. 92. Jerusalén. Septiembre de 1958. pp. 19.

El hebreo es, de los idiomas que se hablan actualmente, uno de los más antiguos pues las evidencias arqueológicas muestran que ya se usaban en Caná (Tell el Amarna) antes de la

conquista israelita (hacia el siglo xiv antes de Cristo). Durante la época del primer templo, fue el idioma exclusivo; pero, al retorno del cautiverio de Babilonia, quedó relegado al uso culto, popularizándose el idioma de la *Mishna*. Hacia la época del segundo templo, se mantuvo a la defensiva, y los judíos hablaron griego y arameo. Con la destrucción de Judea, cayó en desuso, pero sólo parcialmente.

En la época medieval, los judíos escribieron en árabe (en el Islam), y crearon el idish y el ladino (en Europa). Con todo, el hebreo se siguió usando: como *lengua franca*, como idioma de la clase culta en Europa Oriental, y como idioma pío. La *Haskalá* (o el Iluminismo del xviii) propició el abandono del estilo medieval y el retorno al bíblico, y hacia 1856 se editó el primer periódico en hebreo: *Hamaguid*. En el xix, dejó de satisfacer las necesidades del lector judío (incluso como idioma de traducción) y decayó.

Pero, tras los *pogroms* rusos de 1890, se llegó al convencimiento de que son los judíos quienes deben resolver sus propios problemas y ello propició el renacimiento del hebreo, que se convirtió en lengua del movimiento *Jibat Sión*. Sintetizase, entonces, el hebreo bíblico de la *Haskalá* y el rabínico de la Edad Media. Eliezer Ben Yehuda es la personalidad conductora, y su hijo el primer niño cuya lengua fue el hebreo.

Estas oscilaciones en el uso del hebreo muestran ya, de por sí —y deberían estudiarse más de cerca— esas correlaciones entre la lengua, la cultura, la sociedad, hacia las que nos llamaba la atención, en algún momento, Morris Swadesh. Pero, a partir de este momento, comienza a manifestarse una incidencia de mucho mayor interés (en cuanto ya no es espontánea, involuntaria, sino querida, introducida artificialmente): se trata de la

impronta que en la lengua deja la voluntad política. Al mismo tiempo, muestra la vinculación estrecha que los hebreos modernos han sabido establecer entre la política y la educación (dos factores, al fin, de la misma realidad).

Ben Yehuda —nos dice Rabin— comprendió que el hebreo renacería a condición de transformarse en *lengua de enseñanza* (único medio por el cual se lograría una generación que lo viviese). Se introdujo su uso en la primaria, en la secundaria, en el tecnológico. En este punto aparece un aspecto del más alto interés para las juventudes estudiantiles huelguistas de nuestros países, que no siempre —aunque sí en veces— eligen nobles causas para protestar y suspender labores. Rabin señala —en efecto— que, al abrirse el tecnológico, “se consideró aconsejable dictar las clases técnicas en alemán, en vista del insuficiente desarrollo del hebreo para tal fin; pero la reacción de la población fue inesperadamente violenta: miles de alumnos y maestros abandonaron las aulas para celebrar clases al aire libre” en una actitud de rechazo de los medios y aceptación de los fines, útil, provechosa, digna de imitarse —quizás— por los nuestros que, al rechazar ciertos medios, suelen echar por la borda —también— determinados fines (como los de su propia capacitación cultural).

Fue ésa, como dice Rabin, la “primera de muchas batallas lingüísticas”; pero, la misma tuvo sus frutos; hacia 1916, un 40 por ciento de la población, un 54 por ciento de los niños, un 77 por ciento de los habitantes de Tel Aviv y de los centros rurales, hablaban hebreo.

La *Gdud Meguiney Hasafá* (Legión de Protección del Hebreo) despertó el entusiasmo por la lengua, y en las escuelas (con un procedimiento criticable desde muchos ángulos, pero efectivo en términos inmediatos) se incul-

có a los niños que era malo hablar otros idiomas; los niños, a su vez, se encargaron de introducir el idioma a los hogares; de extenderlo entre sus mayores.

Los inmigrantes, dispuestos a realizar un duro trabajo en una nueva tierra, emprendieron también la aventura de adquirir el idioma y fue así como aprendieron del para ellos nuevo, aunque históricamente viejo idioma, las formas rudimentarias requeridas por el trabajo diario, por la vida social y oficial. De este modo, en 1950, el censo descubrió que un 60 por ciento de la población o sólo sabía hebreo o lo tenía como lengua principal, y que un 95 por ciento lo usaba con suficiente efectividad. En esa fecha, 11 diarios y 1 000 libros anuales en hebreo testimoniaban su difusión y, simultáneamente, contribuían a ella.

Las nuevas condiciones impusieron: un incremento, una rigorización, una redefinición semántica, una introducción de nuevas formas lingüísticas; la aceptación de ciertas formas de pronunciación entre las alternativas (la *sefardí* de origen español fue preferida a la *ashkenazi* de origen eslavo). En la Biblia, el hebreo tenía sólo unas ocho mil palabras, pero el rabinismo medieval y la *Haskalá* lo enriquecieron; hubo que aprovechar toda esa riqueza y, para hacerlo, se necesitó, en veces, de la redefinición de un término, de la desviación semántica (un "cobertizo" de tiempos de Salomón, se convirtió en un "garage" moderno). Y hubo que rigorizar, y para ello surgió la *Vaád Halashon* (que, de nuevo, con una especie de afinidad cultural con el mundo neolatino o Romania Nueva, se convirtió en Academia de la Lengua). Ésta, a través de 29 comisiones, publica diccionarios sobre música, mecánica de automóviles, etcétera. Pero, fuera del dominio institucional —que generalmente sujeta a normas, pero no da vida— fueron los novelis-

tas, principalmente, los que introdujeron las formas que se necesitaban para la conversación, y fueron los técnicos quienes exploraron las posibilidades del vocabulario internacional para otras necesidades que no podían prever ni los de la Biblia, ni los rabinos medievales, ni los de la *Haskalá*. Y algunos nuevos términos se beneficiaron, también, de la experiencia internacional: el proceso de derivación, en casos, copia —la imitación cara a Tarde— los procesos análogos de los idiomas europeos. Así *iton* deriva de *et* como *Zeitung* de *Zeit* sobre la base de correspondencias semánticas entre estos pares de formas lingüísticas, dispares entre sí.

Pero, es —sobre todo— cuando Rabin habla de por qué resucitó el hebreo, cuando surge en nuestra mente la enseñanza durkheimiana: un hecho, una institución, un fenómeno social surgen, se manifiestan, concretizan, cuando se aúnan una necesidad y una posibilidad. En el caso del hebreo, éste necesitaba resucitar por ser el único idioma común a todos los hebreos, y era posible resucitarlo porque el inmigrante que llegaba a Palestina lo había tenido por familiar; porque lo había usado en sus cartas, en su contabilidad, en sus oraciones; porque lo había leído. Si se quiere particularizar más y hacer sociología profunda: porque lo necesitaban, para entenderse, los cónyuges procedentes de distintas comunidades; porque los idiomas de "la diáspora" se juzgaron siempre expedientes temporales (importancia de la tradición) y porque los jóvenes "prefirieron una preparación deficiente en hebreo a una mejor en otro idioma" (importancia de las decisiones prospectivas).

Ya bordeando la sociología aplicada, el reseñador no puede reprimir una manifestación de interés y de entusiasmos por los *ulpanim* (plural de *ulpán*); o sea, por aquellas instituciones

consagradas a enseñar el hebreo a los inmigrantes, las cuales se basan en la transmisión de un vocabulario limitado (como aquel que puede establecer con un diccionario de frecuencias como el que hemos iniciado en este Instituto, para estudiar el uso que del español hacen diferentes clases sociales) pero expandente para los fines del aprendizaje. Como que quien quiera lograr la castellanización de los indígenas mexicanos es probable que tenga que depender, en buena parte, de esta experiencia israelí (que tanto éxito ha tenido) así deba de someterla a una indispensable reducción sociológica en vista de la diversidad (y aun el contraste) de las situaciones correspondientes.

En efecto, como expresábamos al señor Sinai Rome primer secretario de la Embajada de Israel en México al solicitarle este opúsculo que comentamos, la castellanización de los indígenas mexicanos y la hebraización de los inmigrantes a Palestina tienen un punto en común: se trata, en ambos casos, de extender un idioma oficial entre hablantes de lenguas diversas; pero tienen, por lo menos, dos puntos de contraste, pues mientras —por una parte— los indígenas mexicanos son de origen rural y los inmigrantes a Palestina son de origen urbano (ésta ha sido una característica de los hebreos de la “diáspora” por siglos, en función, entre otras cosas, de la relegación a ciertas ocupaciones a que los sometió la persecución inmisericorde), por otra parte, mientras los indígenas mexicanos son analfabetos todos los inmigrantes a Palestina están alfabetizados en los idiomas de la “diáspora”.

Por el alto interés que en sí tiene, y por los materiales y enseñanzas utilísimas que aporta el Proyecto Sociolingüístico del Instituto (y a otros análogos que puedan emprenderse en la dimensión latinoamericana), el

opúsculo de Jaim Rabin, de la Universidad Hebrea de Jerusalén, resulta de inapreciable valor.

O. U. V

Rose Giallombardo: *Society of Women: A study of a Women's Prison*. John Wiley & Sons Inc. New York. London Sidney. 1966, 244 pp.

Rose Giallombardo es una sociocientista¹ que desde los primeros años de práctica profesional, se muestra extraordinariamente activa: en 1964 era ayudante de la cátedra de sociología en la Universidad de Nueva York; en 1965, recibía su doctorado en la del noroeste de Estados Unidos de América; en 1966 publica este libro mientras tiene ya en preparación otro (de lecturas) sobre la delincuencia juvenil. Y si hemos de juzgar por la muestra que ahora se nos ofrece, Giallombardo resulta ser una de esas pocas mujeres que no se conforman simplemente con utilizar un instrumental ya dado, sino que, al través de sus investigaciones, trata de descubrir lo nuevo; que barrunta la existencia de realidades no develadas antes y no duda en aventurar hipótesis que ponen en tela de juicio mucho de lo más comúnmente aceptado.

No es, con todo, que Giallombardo se encamine, desde él principio, por los caminos o del soberbio o del iconoclasta; su punto de partida es humilde; se enmarca en lo académicamente acostumbrado o admitido; pero, a partir de ello, no se amordaza si des-

¹ Empleamos este término por comodidad, pero sin autoridad, para distinguir al teorizante en Sociología (sociólogo tradicional) del investigador de base empírica sociocientista. Solicitamos luces a la Academia Mexicana de la Lengua pero aun no obtenemos respuesta.